

0-6 años

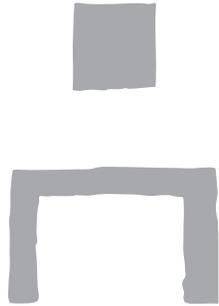
COLECCIÓN
Caminos del SUR

serie
El gallo pelón

Laura Antillano

Ilustrado por Adriana Herrera y Virgilio Álvarez

Mi perro Quirón



© LAURA ANTILLANO
© DE LA ILUSTRACIÓN: ADRIANA HERRERA Y VIRGILIO ÁLVAREZ
© FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2018 (DIGITAL)

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR, TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,
CARACAS - VENEZUELA 1010.
TELÉFONOS: (0212) 768.8300 / 768.8399

CORREOS ELECTRÓNICOS
ATENCIÓNALASCRITORFEPR@GMAIL.COM
COMUNICACIONESPERROYRANA@GMAIL.COM

PÁGINAS WEB
WWW.ELPERROYLARANA.GOB.VE
WWW.MINCULTURA.GOB.VE

REDES SOCIALES
TWITTER: @PERROYRANALIBRO
FACEBOOK: FUNDACIÓN EDITORIAL ESCUELA EL PERRO Y LA RANA

DISEÑO DE COLECCIÓN: MÓNICA PISCITELLI
EDICIÓN AL CUIDADO DE: ALEJANDRO MORENO
CORRECCIÓN: YESSICA LA CRUZ
DIAGRAMACIÓN: MARÍA VICTORIA SOSA MARTÍNEZ
RAYLÚ RANGEL

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: DC2018001477
ISBN: 978-980-14-3855-7

Laura Antillano
Ilustrado por Adriana Herrera y Virgilio Álvarez

Mi perro Quirón



CAMINOS DEL SUR

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REINAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO. EN ÉL LA LECHE ES TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE RATONES QUE JUEGAN A COMER MONTAÑAS. DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CABALLO, Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ESCAPARATE, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA. ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DE NIÑOS Y NIÑAS EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS, Y NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE CAMINOS QUE AVANZAN HACIA REALIDADES POSIBLES.

EL GALLO PELÓN ES LA SERIE QUE RECOGE TINTA DE AUTORAS Y AUTORES VENEZOLANOS; EL LUGAR EN EL QUE SE ESCUCHAN VOCES TROVADORAS QUE RELATAN LEYENDAS DE ESPANTOS Y APARECIDOS DE NUESTRAS TIERRAS, LA MITOLOGÍA DE NUESTROS PUEBLOS INDÍGENAS Y TODA HISTORIAL REAL O FANTÁSTICA DE IMÁGENES Y RITMOS.

LOS SIETE MARES ES LA SERIE QUE TRAE COLORES DE TODAS LAS AGUAS; VIENE A NUTRIR LA IMAGINACIÓN DE NUESTROS NIÑOS Y NIÑAS CON OBRAS QUE HAN MARCADO LA INFANCIA DE MUCHAS GENERACIONES EN LOS CINCO CONTINENTES.



El príncipe Quirón



Quirón fue como un príncipe.
¿Qué se espera de un príncipe?, ¿del único príncipe?
Que esté allí, que una pueda contar con él.



Si estás triste, está allí, si estás feliz, está allí.
Si lo necesitas, está allí,
con dignidad y alegría, junto a ti.

Que no mienta. Un verdadero príncipe siempre dice la verdad, aunque duela. Si es el verdadero príncipe y no un artificio. Así era Quirón, mi perro, nuestro perro.

—¿Ustedes no tienen un perro? —dijo Marisa—.
Tengan, esta es la dirección de mi casa, yo les voy a dar un cachorrito chow chow.

Sergio y Julia se entusiasmaron y lo fueron a buscar, yo tenía mucha curiosidad y también un poco de incertidumbre. Quise mucho un perro cuando era muchacha, y lo mató un vecino jugando puntería con un rifle, y, bueno, todos sufrimos.

Pero, quise conocer a este, pensando en Sergio y Julia.



Sergio y Julia regresaron, con una pelotica amarilla con cuatro patas, peludísimo, ladraba incansable y hasta gruñía. Daba risa el contraste: tan chiquito y tan amenazante.

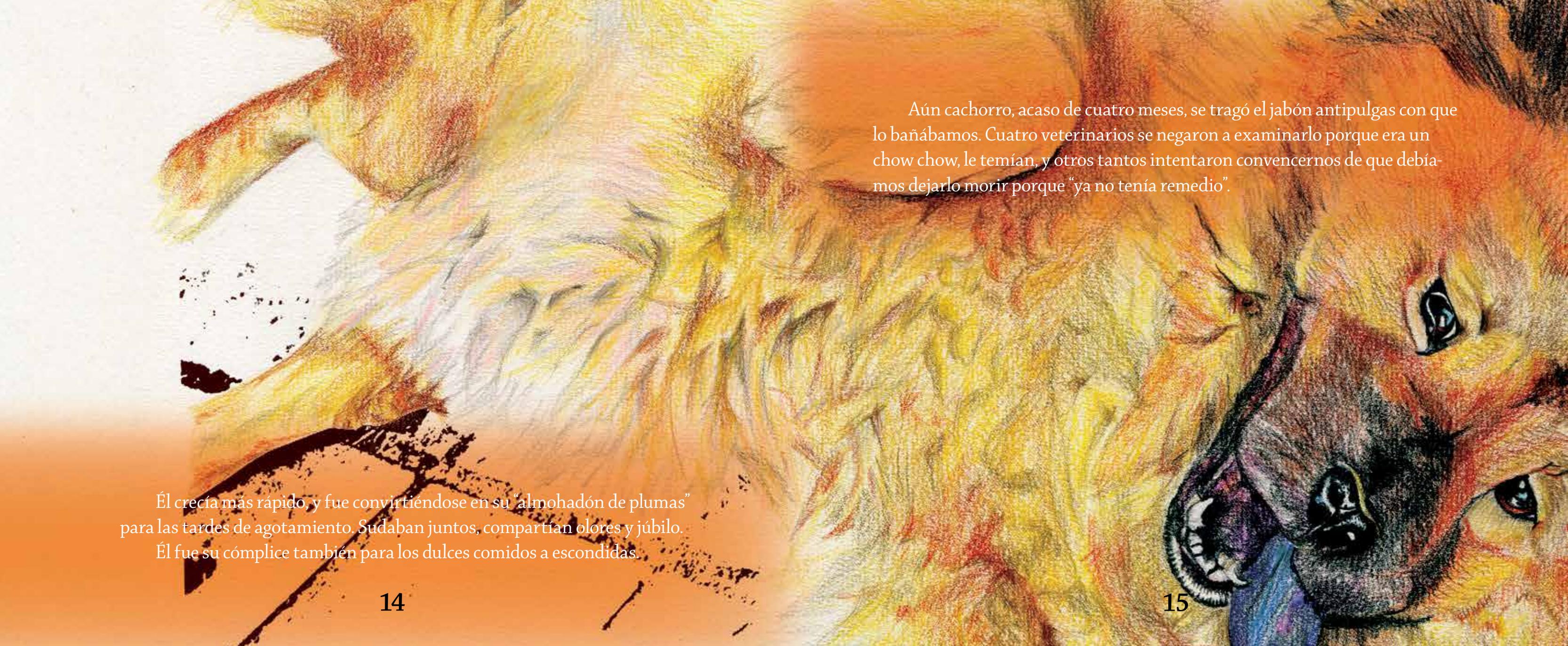
Sergio tuvo la paciencia de un santo: con pinza en mano le sacó garrapata tras garrapata, estaba cundido. Se lo llevaba a su cama o lo ponía sobre la mesa del comedor, no descansó hasta verlo totalmente limpio. Le pusimos Quirón.

Así, aquella pelota con cuatro patas y cola diminuta comenzó a ladrarnos menos y a gruñir casi nunca.

Sergio se fue a estudiar lejos y entonces Julia tuvo un hermano cuadrúpedo.

Jugaban, corrían, se acurrucaban...





Aún cachorro, acaso de cuatro meses, se tragó el jabón antipulgas con que lo bañábamos. Cuatro veterinarios se negaron a examinarlo porque era un chow chow, le temían, y otros tantos intentaron convencernos de que debíamos dejarlo morir porque “ya no tenía remedio”.

Él crecía más rápido, y fue convirtiéndose en su “almohadón de plumas” para las tardes de agotamiento. Sudaban juntos, compartían olores y júbilo. Él fue su cómplice también para los dulces comidos a escondidas.

Decidimos hacerle un lavado estomacal, y el bueno de Roberto, un amigo, *ratón de biblioteca*, mostró su pericia en el manejo de estos casos y, luego, me ayudó a cuidarlo con esmero, hasta que en tres días lo vimos levantarse con la alegría y la elegancia leonina de antes.



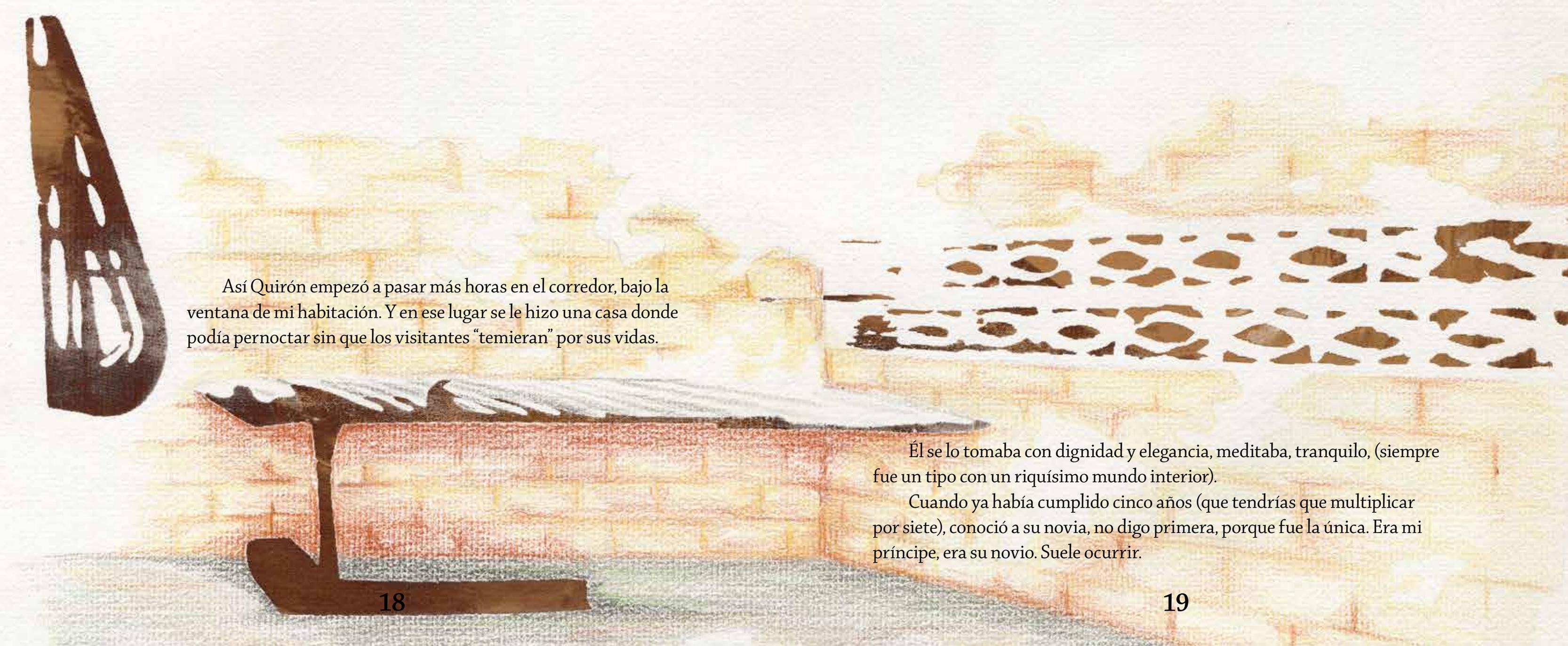
16

Y es que la gente dice muchas historias sobre chow chows, cosas tan locas como que nacieron de una liga de león y can, que tienen mal carácter, que son traicioneros... y la gente dice y dice, y como toda bola de nieve, mentiras y verdades se convierten en un nudo de palabras, condimentado, acrecentado, según las hazañas del narrador. Eso hace entonces que la desconfianza reine, y que te digan:

—Por favor, guárdalo para poder entrar a tu casa.



17



Así Quirón empezó a pasar más horas en el corredor, bajo la ventana de mi habitación. Y en ese lugar se le hizo una casa donde podía pernoctar sin que los visitantes “temieran” por sus vidas.

Él se lo tomaba con dignidad y elegancia, meditaba, tranquilo, (siempre fue un tipo con un riquísimo mundo interior).

Cuando ya había cumplido cinco años (que tendrías que multiplicar por siete), conoció a su novia, no digo primera, porque fue la única. Era mi príncipe, era su novio. Suele ocurrir.

Se trataba de una cachorrita chow chow negra, que descubrí en una tienda de mascotas donde compraba el alimento para Quirón. Me dediqué a visitarla con frecuencia y el vendedor me permitía sacarla de la jaula, cargarla, acariciarla, todas estrategias inteligentes de un buen vendedor... y yo, dejando crecer mis instintos maternos caninos.



Un mediodía terminé llevando a Julia, al salir de la escuela, a conocerla. Julia la cargó, se reía con ella, y de verlas supe que esa peluchina negra de ojos vivaces terminaría en nuestro patio.

Cuando Quirón la vio por primera vez pareció asustarse. Se levantó de su constante posición de león-can meditabundo, y en cuatro patas, de pie, la observó con detenimiento, mientras tanto, ella armaba un escándalo descomunal ladrando como loca. La diferencia de estaturas era realmente de tomarse en cuenta. Pero a ellos no pareció importarles (suele ocurrir).

En un mes eran novios.

Mis amigos del poema y el cuento hicieron bromas desde el principio, decían que Quirón era un solterón a la manera de aquel don Perlimplín de García Lorca, enamorado de la niña Belisa, por eso la cachorra pasó a llamarse Belisa.



Ahora Julia cuenta la historia de los hijos de Quirón y Belisa

La madrugada en que nacieron, Belisa tenía dos años con nosotros. La compramos en una tienda de mascotas un mediodía en que mamá, muy misteriosa, me fue a buscar a la escuela, antes de la hora habitual de salida, y diciéndome que quería consultarme algo, tomó la vía del centro comercial y me condujo, directamente y sin explicaciones, a la vidriera de la jaula de los cachorros.

Allí estaba ella, peluda y negra, una bolita oscura de ojos encendidos, que se levantó en sus cuatro patas al vernos. Me di cuenta de que mamá la conocía, porque abrió la puerta de la jaula y la sacó, sin que los vendedores dijese nada y la perrita se ovilló en sus brazos como en saludo cariñoso.



La madrugada en que finalmente nacieron sus cachorros, mamá me despertó para que viera.

Hacía un poco de frío y lo primero que descubrí fue que el lugar que habíamos preparado para mi perra Belisa, no era el que ella había elegido para tener sus perritos.

Era una casa con una cobijita, dentro, el techo blanco y las paredes grises y estaba en un lugar que creíamos estratégico como para esconderse y esperar que los bebés fueran viniendo. Pero no.

Belisa buscó un sitio húmedo, con la tierra fría, debajo de las matas que mamá llama crotos y que tienen unas hojas manchadas de colores. Estaba como acostadita y encogida y cuando llegué, ya el primer cachorrito había salido y estaba afuera la cabeza del segundo. La mañana estaba muy fría y mamá y yo, en pijamas, nos sentamos sobre los ladrillos de la orilla, muy cerca de todo para no perder detalle y ayudar si llegaba a hacer falta.

Me pareció todo tan... importante, sí así, como si viera algo que nunca iba a olvidar, ni cuando fuera una mamá yo también, con mis hijitos, ni cuando fuera una viejita, ni nunca, nunca.

Belisa veía como salían sus perritos y después los bañaba con su lengua, con mucho cuidado, dejándolos allí, muy cerca de ella, para esperar al otro. Todo ocurría tan rápido que no me daba cuenta del momento en que cortaba el cordón (en la escuela me enseñaron unas láminas donde está el cordón que une a la mamá con su bebé).



La mañana era todavía gris porque no había salido el sol, y entre el vientecito tocábamos la tierra fría. No nos atrevíamos a tocar los cachorros, pero de pronto estaba saliendo el tercero y vimos que Belisa se preocupaba porque uno de los anteriores se iba por un lado y ella no podía detenerlo, atenta al que estaba saliendo de su cuerpo, entonces nos miró con unos ojos que parecían querer pedir ayuda, y mi mamá lo agarró y se lo puso muy cerca de ella. La cara de complacencia de Belisa era como para no perdérsela, sus ojos casi hablaban de la gratitud.

Entonces yo hice lo mismo que mamá y me atreví con gusto a tocarlos, y hasta a levantarlos para verlos mejor, y Belisa parecía sonreír.

La dejamos descansar.



Mamá debía llevarme a la escuela.

Fue bañarme, vestirme, sin dejar de pensar en los cachorros. Salir en el carro.

Y al mediodía mamá fue a buscarme emocionada: en el transcurso de la mañana ¡habían nacido cinco perritos más! Belisa les pasaba la lengua, amorosa los limpiaba y besaba, ellos mamaban su leche muy apurados, había que cambiar de lugar a los más chiquitos porque los más grandes ocupaban casi todo el espacio.

Esa camada, como dice mamá, fue la primera experiencia de Belisa como mamá, entonces nacieron: Ingo el camorrero (ese vive en Los Guayos), nuestra Sara (divertida y rebelde), América (la teatrera y poeta), Osa (vive en una escuela popular), Princesa (esta es “rapera”) y Oshi, la japonesa.



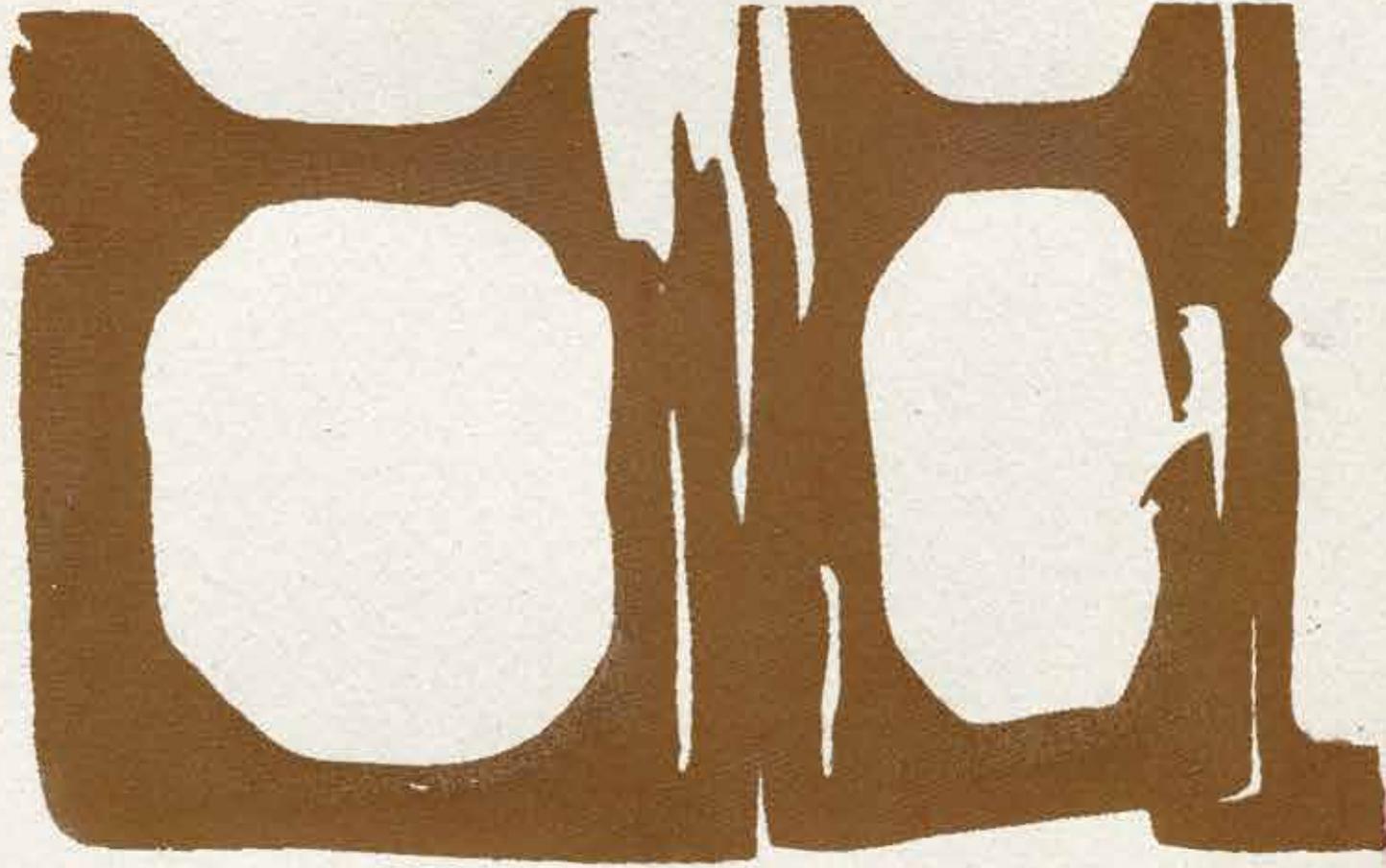
Muchas cosas ocurrieron en casa. Todos crecimos. Eran cosas buenas y otras no tan buenas. Cambiábamos, la vida nos llevaba por distintas vías.

Nacían plantas, movíamos macetas. Había fiesta y, a veces, teníamos que despedirnos, para siempre, de gente, plantas o animales queridos.



El abuelo murió, el abuelo amaba a este chow chow amarillo que se le metía en la habitación a desordenarle las sábanas.

Sergio tuvo una novia, amó, se alegró, se entristeció, aquello se acabó. Como los cambios de estaciones, como las temporadas de mango o ciruela, que van y vienen.



Habla mamá

Julia tenía, tiene, una larga cabellera rubia y aprendía a leer, ya no quería jugar a la pelota ni revolcarse en el piso con su hermano canino.

Yo también tuve cambios y vaivenes. Me enfermé y curé. Y volví a nacer, como todos.

Hubo amigos que llegaron para quedarse para siempre entre nosotros, hubo otros que descubrimos que no eran nuestros amigos.



Quirón estuvo siempre. Sus ojos amarillos me contaban historias de los grandes emperadores de la China, pero también de campesinos y rui señores.

Un día enfermó.

Algo grande estaba en su lomo y lo molestaba.

La doctora veterinaria dijo: —Le saqué una gusanera, era grande, hay que lavar la herida y vigilarlo.

Lo hicimos. Pero él no era el mismo. Llevaba su molestia con dignidad, como todo lo que hacía.

Belisa tuvo la segunda camada de cachorritos. Esta vez fueron solo cuatro, y más pequeños. Quirón se acercaba a ellos, y cuando se perdían demasiado lejos de la madre los arrimaba cargándolos por el lomo y llevándolos a lugar seguro.

Él pernoctaba más tiempo bajo mi ventana, parecía querer decirme algo.

Cuando hablábamos, yo sentía su deseo de ser acariciado, pero no lo pedía, era, en su orgullo digno, tan él y a la vez tan mío, sentía como bien escribió el poeta Pablo Neruda, sobre su propio chow chow:

“Este es mi perro, hasta donde puede ser Chu-Thu mío, con su orgullo leonino, su independencia infranqueable. Diabolo de perro, ¡cuándo aprenderé a ser tuyo!”.



Se enfermó entonces seriamente, pero no nos daba muestras de su sufrimiento, solo se *echaba* más que de costumbre.

Cuando me veía llegar de la calle se levantaba y movía la cola, me miraba con sus ojos glaucos y oceánicos dentro de un amarillo transparente.

Cada vez éramos más él y yo.



Lo hospitalizábamos, y cuando lo visitaba sentía su fuerza cuando ponía sus patas felices sobre mis hombros como diciendo: —No te preocupes, pasará.

Pero empeoró.



No olvidaré la última vez que le vi.
Me asomé por un huequito de la reja que daba al patio de la clínica veterinaria. Él estaba tomando agua allí y escuchó mi voz, se levantó como un enorme león con melena, su pelambre amarilla solo dejaba al descubierto la herida en el lomo, vino a mí con alegría inmensa, y casi me derribó, los dos nos confundimos en un abrazo grande.

Mis amigos me decían: —Él necesita irse y tú no lo dejas. Está sufriendo mucho, dale permiso para irse.

Finalmente, tras mucho pensarlo, decidí que debía descansar y yo debía, por mi parte, dejar marchar a mi único príncipe.

Nunca sabré si fue lo correcto.

Quirón, el sanador herido de la mitología griega había revivido en él, y Quirón pidió permiso para ser mortal y abandonar tanto sufrimiento, así pudo morir.



44

Ahora están aquí sus hijos: Compinche y Sara (suele ocurrir), y es un modo de verlo continuar entre nosotros.

Sergio se fue definitivamente a vivir a otra ciudad y Julia ha comenzado el tiempo del afuera, aprendiendo a ganar o perder y a ponerse en el lugar de los otros. Ahora Sara y Compinche son nuestros testigos y compañeros fieles.

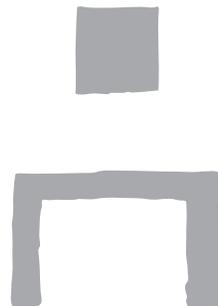


45



Índice

El príncipe Quirón	7
Ahora Julia cuenta la historia de los hijos de Quirón y Belisa	23
Habla mamá	35



EDICIÓN DIGITAL
AGOSTO DE 2018
CARACAS - VENEZUELA

Mi perro Quirón

Quirón es un príncipe, un príncipe muy particular. A lo largo de su vida se va haciendo cada vez más importante en los afectos de una familia. Quirón será de alguna u otra forma el duende de aquella familia. Una especie de emperador cansado que dicta órdenes, y recibe y da mucho cariño. Para él y su familia la vida pasará, todo pasará, pero siempre quedará la vida de Quirón rondando en la casa.

Laura Antillano (Caracas, 1950)

Es profesora universitaria, ha publicado novelas, cuentos, ensayos y libros para niños. Se ha destacado también en la producción radiofónica y los guiones para cine y televisión. Entre sus títulos publicados se encuentran: *Perfume de gardenia* (1984), *La luna no es pan-de-horno y otras historias* (1987), *Solitaria solidaria* (1990) y *Tuna de mar* (1991). Recibió el premio Julio Garmendia de la UCV en 1983, entre otros. Actualmente vive en la ciudad de Valencia en Venezuela y preside la fundación La Letra Voladora.

Adriana Herrera y Virgilio Álvarez (colectivo Taller Artefacto)

Egresados del Instituto Universitario de Artes Plásticas Armando Reverón, ahora Unearte, realizan investigaciones de literatura infantil y artes gráficas. Juntos fundaron y coordinan el Taller Artefacto, centro de trabajo, espacio de muestra y talleres que abre un lugar a las experiencias de producción de las artes, prestando atención a las relaciones dadas entre el hecho social y la imagen como medios de expresión plástica alternativos.

